

Semati Palmera Rodríguez Ríos

“Arte y artesanía textil en el Totonacapan”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 70, octubre-diciembre de 2024, pp. 68-71.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Arte y artesanía textil en el Totonacapan

Semati Palmera Rodríguez Ríos

de Papantla, quienes muy generosamente accedieron a trabajar en colaboración. Una de sus muchas casas-escuelas es la del Mundo del Algodón. Está integrada por nueve maestras y un maestro, que podríamos llamar “permanentes”, quienes se encargan de aprender y perfeccionar actividades de creación textil, como bordado o tejido en telar de cintura, para después pasarlas a las siguientes generaciones a través de clases y talleres.

Desde cuándo me causan tanta curiosidad los textiles, su constitución y su confección, no lo recuerdo. Tampoco me acuerdo de cuándo tuve mi primera blusa bordada; solo sé que era muy pequeña y me la compró mi mamá. Lo que sí tengo bastante claro es que mi primer contacto con la actividad de bordar ocurrió en la primaria, en alguno de los talleres que organizaban mis maestras, y aunque me gustó mucho la sensación de rellenar hojas y flores con hilo sobre la tela, el resultado fue desastroso: mi planta ni siquiera parecía planta. El segundo contacto llegaría muchos años después mientras estudiaba mi licenciatura y desde entonces ha sido una de mis actividades terapéuticas predilectas y que desempeño esporádicamente.

Mi formación académica y, con ella, mis temas de investigación, siempre han sido en el área de comunicación de la ciencia; me gusta especialmente la divulgación de la arqueología. Desde hace algunos años, e inspirada por algunos proyectos que veía en medios de comunicación, me pregunté si podría haber una conexión entre actividades divulgativas y el bordado. Con ello esperaba establecer un nuevo contacto con esta actividad, a

Fue así como me acerqué al Centro de las Artes Indígenas (CAI) en la comunidad de El Tajín, iniciativa local de varios gestores y grupos indígenas, principalmente totonacos, y que cuenta con el apoyo administrativo del DIF de Veracruz con sede en el Parque Temático Takilhsukut, localizado a menos de tres kilómetros...

la vez que aportaba a mi campo de estudio. En 2021 fue cuando esa curiosidad, junto con el interés por trabajar con comunidades rurales, se materializó en un proyecto de investigación. Parte de la propuesta consistía en experimentar en un espacio donde dialogasen conocimientos artesanales y científicos: bordado y arqueología.

Fue así como me acerqué al Centro de las Artes Indígenas (CAI) en la comunidad de El Tajín, iniciativa local de varios gestores y grupos indígenas, principalmente totonacos, y que cuenta con el apoyo administrativo del DIF de Veracruz con sede en el Parque Temático Takilhsukut, localizado a menos de tres kilómetros de la Zona de Monumentos Arqueológicos El Tajín, en el municipio

En sus palabras, intentan llevar a cabo una “regeneración cultural a través del arte textil”.

Después de algunas deliberaciones decidimos llevar a cabo un taller semi-presencial de bordado, mismo que denominaron *Xtsinat tukay*, algo así como “el hilo de la araña” en totonaco. La primera sesión de nuestro taller fue en junio de 2022 y concluyó con una exposición de las prendas ya terminadas en enero de 2023. Durante este tiempo nos vimos dentro de las instalaciones del Parque Takilhsukut un miércoles al mes, y después tuvimos algunas sesiones más de reflexión y evaluación hasta septiembre de 2023. En estas actividades participaron Ygnacia Hernández, Minerva Salazar, Elodia Vega, Ana Pérez, Lucía Simbrón, Cirila García, Irma Pé-



Fotografía: Semati Palmera Rodríguez Ríos

rez, Teresa Morales, Nicolás Xochihua y Pastora Juárez.

Mi intención inicial al participar en este taller era experimentar y documentar las posibilidades de un espacio de creación textil para la comunicación pública de la arqueología. Finalmente, mis objetivos de investigación se fueron moldeando a las aspiraciones del grupo textil; estos fueron cambiando entre más aprendía de mis interlocutores y más me acercaba a su oficio, así como a su contexto rural. De entrada, una de las ideas que tuve que replantearme fue la de ver como artesanas a las integrantes de la Casa/Escuela Mundo del Algodón y como artesanía a sus creaciones o, más bien, de verlas solamente como artesanas. Sin embargo, desde mis primeras pláticas con el grupo vi que se identificaban, sí como artesanas, pero también como artistas textiles, término que, además, algunas de las in-

tegrantes de la Casa refrendaban como motivo de orgullo.

Durante mi revisión previa de la literatura, además de algunos medios de comunicación sobre el renacimiento de actividades y productos textiles como artísticos, quedó en mí la sensación de que en la separación entre arte y artesanía, el primer término buscaba objetivos más abstractos en donde existía un privilegio de la expresión y la creación de ideas o sentimientos, por sobre el perfeccionamiento de la técnica y la conservación de los relatos tradicionales y que reproducen patrones y simbologías ya establecidas (por llamarlas de algún modo). Yo asumí lo segundo como una parte esencial de la producción artesanal de muchas de las comunidades indígenas y rurales, como aquellas con las que yo pretendía colaborar; de la misma manera, entendía las prendas textiles aquí

creadas como insumos directos para los usos cotidianos, y no tanto como productos meramente estéticos. De esa manera es que yo esperaba encontrarme con un grupo de artesanas y artesanos que, valga la redundancia, producían artesanías.

Sin embargo, desde las primeras conversaciones me di cuenta de que en la Casa/Escuela Mundo del Algodón se reconocían a la vez como artesanos/as y como artistas textiles. Cuando les preguntaba sobre el porqué de su trabajo voluntario y a pesar de tantas adversidades, la maestra Minerva me repetía que “por amor al arte”, y tanto el maestro Nicolás como la maestra Irma me explicaban que su labor era recuperar y transmitir las tradiciones y su cultura totonaca a través del arte textil, de sus prendas, usando distintas técnicas. Además, todas coincidían en que estaban ahí porque les gustaba aprender. Me con-

taron que se consideran artistas porque crean piezas únicas, pero también porque buscan que siempre tengan un significado. Para esto llevan a cabo un proceso creativo bastante elaborado: “junto, diseño, innovo...”, me decía la señora Irma.

Al mismo tiempo son artesanas/os porque se consideran parte de una comunidad que se reconoce como artesana y “porque la gente así nos ve, la de fuera y la de las comunidades”, me dijo la maestra Pastora. Con sus explicaciones y narraciones ahora entiendo que es una ma-

Conforme avanzaban nuestras sesiones de trabajo y platicando sobre la compleja interacción entre distintos grupos artesanales de la región, así como con el turismo y los programas sociales gubernamentales, surgió la discusión sobre quiénes hacían solo bordados y quiénes hacían arte con el bordado. Algunas maestras mostraban su descontento ante otras piezas que no “estaban bien hechas”, que “estaban mal hechas y sin dedicación”; yo interpreté que se referían a la calidad de cada prenda. Al preguntarles para entender mejor, las maes-

dora. Ya desde nuestros primeros encuentros, las maestras Elodia, Teresa y Cirila me contaron que para ellas es muy bonito bordar y tejer, que siempre piensan en lo que quieren transmitir, en las figuras que se van a ir formando y que para ellas todo tiene un significado. Esto, me parece, es parte de su cotidianidad e involucra parte de su ser en comunidad, así como sus historias particulares y sus personalidades. Para mí fue una gran y grata impresión ver cómo cada prenda iba surgiendo en su singularidad, creando una obra separada aun cuando todas habían nacido en el mismo espacio y bajo una meta común: bordar la Pirámide de Los Nichos utilizando los materiales a disposición.

Al final tuvimos cuatro manteles, cuatro blusas y dos vestidos (más la servilleta que yo confeccioné), todas las prendas con la pirámide como protagonista, pero todas únicas y distintas porque combinaban diseños, colores, texturas, puntadas y materiales de muy diversas maneras. Algo que nunca pudieron explicarme con palabras fue el porqué de la elección de cada punto o puntada: se usaron punto de cruz, “bordado al pasado”, “bordado rústico”, colmillo de león, camino de hormiga, entre muchos otros. Cada quién eligió su técnica de bordado de acuerdo, sí, a sus habilidades, pero también a lo que quedaría mejor con el diseño y la tela en que creaban. Algunas me decían que no me sabían decir cómo es que veían eso, pero lo veían. Yo lo adjudico a la experticia cotidiana y al perfeccionamiento de su arte y oficio, que ya son parte constitutiva de cada artista.

Como parte de mi trabajo de documentación estuvo el tomar fotografías (en tanto mi capacidad de anotar y retener

Conforme avanzaban nuestras sesiones de trabajo y platicando sobre la compleja interacción entre distintos grupos artesanales de la región, así como con el turismo y los programas sociales gubernamentales, surgió la discusión sobre quiénes hacían solo bordados y quiénes hacían arte...

nera de ver a la artesanía como un producto que, aunque pueda hacerse específicamente para venderse, es único porque está hecho a mano y con la intención de que dure mucho tiempo, a la par de que es bonito y cómodo.

Este binomio arte/artesanía, sin tener que llegar a una división o exclusión tajante, me gustó mucho porque me sentí identificada, no porque crea que yo caigo en alguna de esas categorías, sino porque me hizo reflexionar sobre mi atracción y gusto por los textiles, especialmente la ropa: me parece fascinante la idea de vestir una obra de arte, de tener algo hermoso y significativo, que fue hecho a mano, que es único, pero que a la vez cumple una función práctica.

tras y el maestro me explicaron la importancia de elegir buenas telas, hilos de calidad que sean resistentes, pero a la vez de algodón natural; también de la importancia de bordar con dedicación. Lo anterior implica elegir las puntadas correctas para cada diseño, saber si se necesita un “hilo grueso” o “hacer una puntada más fina”, para lo que habría que “sacar las hebritas de a una o de a dos o de a tres”.

Ya casi en las últimas sesiones de nuestro taller, cuando las prendas iban tomando forma (incluso algunas estaban ya concluidas), lo que a mí más me atrapó fue justamente la idea de que cada pieza es única y está cargada de simbolismo, además de las vivencias de cada creador o crea-



Fotografía: Semati Palmera Rodríguez Ríos

información me lo permitía), y al final me descubrí obsesionada con las texturas y los diferentes puntos usados; igualmente, como ya mencioné antes, con las particularidades de cada prenda que a través de diferentes colores y relieves representaban lo mismo, pero en una historia distinta. Me sentía muy viva al presenciar cada prenda y a la vez muy frustrada de que mis fotografías no pudieran reflejar toda esa creatividad y dinamismo, aunque me parece que al final han cumplido su cometido testimonial.

Hubo quien acompañó a Los Nichos con flores o con vainillas, pero también con símbolos prehispánicos o con deidades. Igualmente hay quien bordó solo el contorno, o quien rellenó todo; además, quien rellenó algunas partes y otras no. Se usaron listones en algunas prendas para acompañar; en otras se completó con tejidos de gancho

en algunos acabados. Lo que resultó común fue la reflexión en torno al proceso, además de las críticas y consejos entre las y el participante. Fue en esto último que me parece se refleja el poder de los procesos creativos y artísticos para la reflexión y la crítica, que no necesariamente tienen por qué darse, pero que están siempre latentes.

Antes de este proceso yo veía a la discusión arte-artesanía como un dilema desgastante (al no ser yo ni artista ni crítica de arte), en el que tenía que haber un ganador, o por lo menos una sola categoría en la que un producto podía insertarse. Ahora me parece que esa discusión puede enseñarnos más sobre estos procesos creativos, pero más que nada, sobre las personas y grupos que los desempeñan, lo que será siempre desde una cultura y comunidad específica. Lo anterior puede ense-

ñarnos bastante y, sobre todo, hacernos sentir y experimentar, incluso a quienes nos dedicamos a algo que pareciera tan distante.

Agradezco mucho a las y al integrante de la Casa/Escuela Mundo del Algodón por haberme permitido compartir su espacio, además de todas sus enseñanzas, tiempo y paciencia. Yo seguiré con mi interés y admiración por los textiles, pero ahora nutrida con la vivencia del taller de bordado *Xtsinat tukay*, y esperando aprender más sobre esta idea de la artesanía como arte y viceversa. **LPyH**

Semati Palmera Rodríguez Ríos es comunicóloga (UIA-Puebla) y egresada del posgrado en Filosofía de la Ciencia (UNAM). Actualmente realiza una estancia posdoctoral en el Instituto de Investigaciones en Educación-UV con una beca Conahcyt. Interesada en la comunicación pública de las ciencias sociales.